

Director-Gerente: Alfonso Castells G.^a-Rabadán

Valdepeñas 9 de Marzo de 1930.

Redactor-Jefe: Gustavo del Barco Cabezas

EN MEMORIA DE UN PERIODISTA

SIXTO FERNÁNDEZ Y CEJUDO

No pueden ya escuchar mi voz material tus oídos carnales. Impídelo esa cosa tan frágil y formidable a un mismo tiempo que es la frontera del más allá, ese invisible hito, menhir negro del campo de la muerte, que marca la zona del no ser... Pero ¿acaso hay fronteras para el espíritu?..

No pudieron mis amistosas palabras (ecos desprendidos de un venturoso afecto de la infancia) ir a verterse, con consoladora lluvia, en el agostado yermo de tu vivir, la proximidad de tu presencia y la magnitud de tu desgracia.

¿Llenó alguna voz amiga el hueco que mi ignorancia dejó abierto? ¿Cumplió alguien con el deber piadoso de ungir con los bálsamos sedantes de la amistad o el compañerismo las llagas de tu espíritu, más vivas y dolorosas quizá que las de tu carne? ¿Alumbró tu razón este postrer tránsito de tu peregrinaje amargo por esta vida mísera? ¿Pluguiera a Dios que ya no alumbrara si nadie llenó aquél hueco ni nadie cumplió con aquél deber piadoso! Tiene tan pocos amigos la desgracia... Si tú hubieras triunfado, si tú hubieras vencido...

Más tú has luchado con afán insaciable, con premura de vértigo, presintiendo acaso el término próximo de la marcha, el definitivo alto en el violento truncarse de tu camino... Y has caído vencido, aniquilado... Pero el mayor mérito no es en todo caso el de la victoria; que en la parábola evangélica es el grano fecundo el que se destroza y muere, mientras los otros perduran y quedan intactos en su esterilidad...

¿Flaquezas, debilidades, desvaríos en tu durísima jornada de luchador desvalido en los campos de la idea? Tal vez... Pero ¿acaso no se proyectan allá en la cumbre de las tumultuosas y desequilibrantes luchas del pensamiento las sombras próceres y desorbitadas de un Edgar Poe, de un Oscar Wilde, de un Baudelaire, de un Verlaine?... ¿Qué sabemos de la fuerza arrolladora y subversiva de las galernas del espíritu quienes por suerte no sufrimos sus alérazos tempestuosos y aniquilantes!

¿Y qué había importado todo ello si ello hubiese venido abrazado con el triunfo, si se hubiese bañado en las corrientes del éxito, aguas jordánicas, linfas del Leteo que todo lo purifican y lo borran!...

¡Pobre amigo mío! Un día sentiste el batir de tus alas interiores y el indomable impulso de levantar el vuelo por el radiante

espacio de la Literatura... Volestes ilusionado por el solar de cuna, por el ambiente familiar, más ingrato aún que reducido; y luego, acuciado por la sed de ideal, atraído por las sirenas del ensueño y el sortilegio de lo desconocido, alongaste el vuelo, y allá en tierras lejanas tu generosa juventud y tu rosada ilusión de enamorado del Ideal nutrieron ajenas ambiciones y prodigaron sus dádivas espirituales hasta dejar agotado y sin vida el propio árbol, que en adelante no podría ya dar otros frutos que el de su desequilibrio orgánico y su amarga e intensa desolación...

Y cuando ya inservible, demantelado y sin timón el bajel de tus ilusiones y de tu vida física a merced de las tumultuosas olas y dando tumbos por el mar embravecido de tu desgracia, arribaste al pueblo natal, a la playa de partida, tu tierra de cuna te recogió como a un despojo, y el silencio y la indife-

rencia te han acompañado y te han encubierto hasta a las miradas que hubieran podido serle gratas; hasta que en el abandono de todos has dejado por fin esta vida mísera, que tu te empeñaste en embellecer y en exaltar con la lanza caballeresca de tu ágil pluma y el escudo sensible y romántico de tu corazón...

Pero no han de ser solo la indiferencia y el silencio los que acompañen tu memoria, como los cuervos repulsivos de la injusticia y la ingratitud: sean estas mis palabras como la afectuosa despedida y el tributo reparador para el noble legionario que marchitó su juventud y sacrificó su vida en la lucha enconada, y por siempre meritoria, de la cultura y el progreso.

Emilio Cornejo Camineiro

Sabemos que muchos y conocidos señores, se han largado al campo a pasar el carnaval. ¿Se olerían la tostá? ¿O es que alguien les advirtió la manifestación pública de agrado y cariño que en su honor se preparaba?

NAPOLEÓN

El mayor acontecimiento cinematográfico de la temporada.

LA RADIO

(El doctor X. gran cirujano y gran demócrata está sentado ante su aparato herstziano buscando una estación cada dos minutos. Está oyendo un discurso de un bolchevique en Odessa y como todavía no sabe ruso, busca otra estación más a la derecha. Es su costumbre. De pronto oye una voz que atruena su gabinete.)

—Doctor X. Doctor X.

(Asombrado vuelve la cabeza. Por un momento piensa que la voz viene del patio de su casa y que es de un nuevo agente del fisco. Pero la voz suena otra vez y procede del aparato)

—Doctor X. No cambies de onda. Estoy hablando desde el cielo. Soy San Pedro.

(El doctor que no cree en las brujas sonrío)

—No Rodríguez Sampedro como piensas, truena la voz, Rodríguez Sampedro está leyendo la obra de Calvo Sotelo y las carcajadas de Villaverde se oyen en mi portería. Escucha, que tengo que hablarte. Toma un lápiz y escribe.

(El doctor saca su estilográfica y aún sonriendo con incredulidad se dispone a escribir).

—He estado buscando comu-

nicación con Ciudad Real, pero allí no se ocupan más que de solicitar varas de alcalde, oyeme y transmite esta comunicación al señor Obispo de la diócesis. No temas. No se enfadará contigo. El señor obispo es un hombre muy ilustrado. Aquí se le quiere bien. Copia y calla.

Se trata de un artículo que ha publicado en *El Pueblo Manchego* un señor canónigo. ¿Cómo se llama, dices? No recuerdo.

Con estas cosas que os ocurren tengo algo de amnesia. Además San Cenón se lleva toda la prensa después de comer, y la inutiliza. Que busquen allá abajo el diario.

Se trata de un artículo político que aquí ha desagradado mucho. A San Plácido sobre todo.

Ha sentado muy mal en el cielo, que un hombre apacible y pío como debe de ser un canónigo, empiece por llamar «ralea» a los políticos. Después les llama «noble categoría». Señala con las revolucionarias frases de «monstruoso y repugnante» a los que, en uso de un derecho que el maestro les reconoció consideran accidental la forma de gobierno. No es que pretendamos en el cielo que los canónigos sepan Derecho Civil. Es que aquí creemos que las frases que vos-

otros llamais gorilas, solo deben usarlas los laicos. Mejor dicho, no deben. Dios se las tolera en su infinita bondad.

San Deogracias que es santo muy mirado, estima todavía más inaceptable para un sacerdote, las frases «Esto no es ideología sino cazurrería de viejo mercader israelita, estrategia vulgar y ramplona al alcance de un ganán» Lo de «indecoroso y absurdo» para la dicha accidentalidad, le ha causado un moín de disgusto a San Francisco Ferrer, hoy de moda entre vosotros y que al fin fué noble.

No puede admitirse en este santo lugar, que un sacerdote que debe ser modelo de piedad y de transigencia, un sacerdote que debe predicar la paz, se alce airado con frase más propia de uno de esos demagogos que combate, contra el Conde Romanones, que no es que se le defienda por aquí, pero tampoco es esa forma de combatirlo según la piedad celeste para los extraviados.

San Herenegildo, que ha leído lo del «toque de clarín de las responsabilidades», no está conforme con que eso sea una invocación a la guerra civil, y como es amigo particular del señor Sánchez Guerra, le ha molestado que en forma tan dura a él se dirija.

Lo de «los fariseos de hoy» tampoco ha hecho gracia a nadie aquí. Y menos aún el recuerdo a la mujer adúltera, pues San Ivo, el bretón, que era abogado, piensa que el señor canónigo, es el menos indicado en esta ocasión para tirar piedras.

Las citas de Scipión y Catón, que eran gentiles, han causado aquí muy mala impresión. El mismo San Ivo, que es una autoridad jurídica, me encarga digas al señor canónigo, que debe leer despacio las obras del Cardenal Bellarmino y de Balmes, que no eran profanos.

(Se oye un ruido espantoso en el aparato. El doctor deja de escribir).

Espera, Doctor. No me dejan hablar un coro de justos que han muerto estos seis años y que reclaman de las alabanzas al Dictador que apunta el señor canónigo. Y aquí acabo.

Me llama San Cándido, sin duda para reclamar también.

Pero con esto basta. Tasmítelo así al señor obispo de mi parte. Estoy seguro que no dejará más al señor canónigo que se desahogue en la Prensa, porque esto es muy feo.

Hay que predicar la paz a los espíritus, ser caritativo, dulce, humilde, modesto, resignado... en una palabra, cristiano.

Así lo queremos aquí, hijo doctor.

Y tú, por tu parte, se buenecito, dentro de lo que llamais en

política intransigente, «de la cáscara amarga».

(Sono otra vez la voz potente)

—Queda con Dios, Doctor X. y El te ilumine en el primero que abras en canal.

Por la copia
Paulino Lied.

EL POLÍTICO CAMALEÓN

Aunque es tema muy manoseado en la actualidad el de la «postasía política, no renuncio a dar a la luz pública este artículo que, días ha, me ocupaba el magín, entorpeciendo, en su afán por exteriorizarse, la concepción de otros escritos que, como glosario y comentario del presente político—más que nunca interesante—, iré publicando.

**

Vicio y azote de todos los tiempos y todas las edades, de lo cual hallamos buena muestra en las páginas de esa maestra de la vida que según Cicerón es la Historia, fué el tránsito político: cometa del sistema planetario social que vaga errante de unas en otras constelaciones—léase partidos—, sin hacer en ellas más parada que la indispensable para el logro de una aspiración, la conquista de un medro; la satisfacción de una vanidad.

Éfimeras y deleznales conquistas que nada suponen y nada valen comparadas con la pérdida de la dignidad, ese don que divide y separa a los hombres en dos grupos contrapuestos y antagónicos—los que de ella hacen culto y los que la perdieron—, que debiera ser el precio a que la sociedad cobrara las defeciones y deslealtades políticas. Que, por ser políticas, hemos dado en dispensar, cuando no en justificar, con la frase ambigua, que es todo un poema de falta de civismo y ciudadana amoralidad, «¡qué vivo es fulano!», como si el decoro y pundonor de ese «fulano» admitieran dualidad y no fueran uno e indivisibles, por igual en los actos políticos que en las demás relaciones sociales.

Pero la sociedad, juez inflexible y recto, cuya justicia no admite apelación por dura que la sentencia sea cuando entienda de delitos ordinarios, tiene pronta, por el contrario, si por acaso a castigarlos llega, la gracia del indulto, para los más horrendos crímenes políticos y las más vituperables traiciones.

**

Por todo lo expuesto, podemos, pues, afirmar, sin temor a equivocación, que el tránsito es fruto de todos los tiempos y todas las edades, en cuya formación interviene no poco la indiferencia y cobardía de la sociedad, que no se atreve a practicar en su seno la verdadera profilaxis moral.

Pero el «político camaleón», que nada tiene que ver con el tránsito, aunque mucho se le parezca, no surge en nuestro país, del que es privativo y autóctono, sino al advenimiento de la Dictadura, con la que, por desgracia, no acaba.

Es ella, falta de hombres, la que los crea a su imagen y semejanza, formando el camaleonesco partido que denomina de la Unión Patriótica, integrado por elementos de aluvión.

Ser hombres de «buena voluntad» se exige sólo a sus afiliados en aquellas «notas oficiosas», mazorreras y amazotadas, con que se trata de